

CAPÍTULO XI

EL AUTOGOLPE DE NOVIEMBRE DE 1974 Y LA CLASE OBRERA

1

TENDENCIAS QUE PREFIGURARON EL AUTOGOLPE

Hemos indicado que el propio desarrollo político alentó la aparición en los medios castrenses de una poderosa tendencia que buscaba la eliminación de los partidos políticos (FSB y MNR) de la cúpula gobernante. Las agrupaciones políticas civiles (una que tradicionalmente correspondía a inconfundibles posiciones derechistas-fascistas y la otra que había debutado como confusa posición antiimperialista, cuya conducta fue por demás tortuosa e inconfundiblemente contradictoria) fracasaron completamente, después de 1971, en su propósito de arrastrar detrás de sí a los sectores mayoritarios de las masas y mantenerlos indefinidamente bajo el control gubernamental, en esa medida resultaron poco o nada útiles para el gorilismo, que estaba seguro de haber iniciado todo un período histórico.

El proyecto central del gobierno militar (militar contase o no con adornos civiles, esto porque era la espada la que definía su destino) era nada menos que el desarrollo capitalista del país, ciertamente que bajo el ala protectora del imperialismo y siguiendo los canales del cumplimiento de los planes colonizadores de éste, lo que nos obliga a recordar su filiación nacionalista de derecha. El banzerismo, a su modo, vino a completar el propósito nacionalista de cumplir las tareas democráticas, no sólo siguiendo el camino de Bismarck, sino acentuando la opresión imperialista. La frustración del proceso iniciado en 1952, definitiva pese a las rimbombantes proclamas miristas por retomararlo, puso en evidencia, una vez más, la caducidad de la burguesía criolla como fuerza capaz de cumplir sus propias tareas y se convirtió en el antecedente que podía permitir predecir anticipadamente la quiebra de los planes "progresistas" del gorilismo. Los partidos políticos nacionalistas que ocupaban posiciones extremas, mas no antagónicas, nada ya pudieron hacer para revitalizar un esquema político y social que resultó hecho añicos en su choque con la realidad. El fracaso de la extrema derecha o fascista no tuvo más virtud que subrayar tal quiebra.

De 1971 a 1974 no pudieron ni siquiera efectivizarse en toda su dimensión los esquemas fascistas. Los generales confiaban que esta efectivización podría todavía traducirse en el milagro del desarrollo pleno y de la prosperidad nacionales. Vana ilusión: está demostrada la inviabilidad del esquema del total y pleno desenvolvimiento del país en el marco capitalista y los acontecimientos posteriores se limitaron a confirmar esto. El banzerismo persistió en el propósito y el nacionalismo volvió a fracasar. En el interín se ensayó el camino de la efectivización del esquema definiendo más concretamente los rasgos brutales del fascismo: se buscó que la violencia ayudase a la clase a traspasar su congénita debilidad.

En la génesis del nacionalismo movimientista se encuentra el esfuerzo hecho por emancipar a Bolivia de la opresión yanqui, cierto que recorriendo caminos muy torcidos, pero en la práctica dio pruebas de su total incapacidad para consumir la liberación nacional y para estructurar el gran Estado nacional independiente, del que ha vuelto a hablarse durante el llamado proceso de democratización (1978-1980) En cierto momento la tarea democrática de la liberación nacional cobra primacía con relación a todos los demás objetivos burgueses, esto porque constituiría el marco adecuado para un desarrollo capitalista integral e independiente, meta que se ha tornado inalcanzable para la clase dominante criolla, incluidos todos sus sectores y tendencias. Las ametralladoras que respaldaron al general Bánzer tampoco pudieron hacer nada en este aspecto. Sin una formulación coherente y realizable de la liberación del país de la opresión imperialista ya no puede concebirse el nacionalismo burgués.

Los generales golpistas se apoyaron en expresiones derechistas y reformistas de la clase dominante para lograr alguna estabilidad como gobierno, para que éste adquiriese contornos populares. La gran y profunda transformación de un país sólo puede realizarse si se logra arrastrar a la mayoría nacional detrás de este objetivo. A FSB y al MNR se les señaló la importantísima misión de efectivizar ese sueño. Cuando los aliados de un momento fracasaron y fueron echados del poder, Bánzer y sus seguidores (el

caudillo castrense logró aglutinar alrededor suyo a un grupo de civiles ambiciosos, no pocos tecnócratas desesperados de escalar rápidamente los peldaños del carrerismo económico y social) se emplearon a fondo en el propósito de obligar a todos los bolivianos a marchar diciplinadamente tras la consigna de la reconquista de una salida soberana sobre el mar. Qué fácilmente se olvidó, esta vez cayeron en el olvido los sectores políticos más diversos y hasta izquierdistas, que una modificación del mapa del Continente no puede darse invocando únicamente los principios abstractos del derecho internacional, sólo puede ser el resultado del gran potenciamiento económico, portanto militar, de un país. Es la incapacidad de la burguesía nacional para hacer posible que se desarrolle plenamente el capitalismo en Bolivia, la que ha determinado la bancarrota de las propuestas burguesas frente al problema de la mediterraneidad, tanto la reivindicacionistas como la practicista, que a lo largo de los años únicamente han acumulado toneladas de papel impreso y destruido los sentimientos más profundos de la mayoría nacional. El trotskysmo fue la única organización política que pudo levantarse contra la poderosa presión de la opinión pública, ganada en ese momento para los planteamientos practicistas (trueque territorial), y formuló la imposibilidad de la solución de la mediterraneidad mientras los gobiernos burgueses se mantengan en el poder y persista la opresión imperialista: únicamente la clase obrera, a través de los Estados Unidos socialistas de América Latina, logrará que Bolivia aproveche el mar para su propio desarrollo.

La poderosa tendencia militar que buscaba eliminar a los partidos políticos del gobierno castrense, como una forma de lograr la popularidad de éste y de dar cierta satisfacción al creciente descontento de los bolivianos frente a las medidas antinacionales de los generales, encontró el momento de efectivizarse cuando se tornó intolerable la inmoralidad de los funcionarios. Las direcciones y la militancia de FSB y del MNR aparecieron como la encarnación de todos los excesos y del nepotismo, aunque en la realidad todo esto fue también protagonizado por los elementos uniformados. Es en ese momento que sonó la hora del despido del seno del gobierno a los políticos civiles, a los que podemos considerar profesionales de la politiquería. Lo anterior no pretende ignorar que los militares nunca han dejado de ser parte integrante de la política boliviana, unas veces, como ocurrió durante gran parte del siglo XIX, porque eran los que mejor podían encarnar el caudillismo y, otras veces, porque la espada fue desenvainada cuando los partidos tradicionales zozobraron en medio de la impotencia toda vez que se propusieron realizar sus propias tareas.

El esquema gorila-fascista se había agotado prácticamente como el recurso utilizado por la clase dominante criolla y por el imperialismo en su emperio por contener a las masas, por obligarles a trabajar más aceleradamente y en paz, requisitos para hacer posible la paz social y la estabilidad jurídica. Sin embargo, el esquema gubernamental emergente de las jornadas de agosto de 1971 se sobrevivió. La crisis política encontró una válvula de seguridad en la sistemática lucha contra los equipos de dirección de FSB y del MNR lucha en la que se desempeñaron tan a fondo los militares. No se trató, ciertamente, de una total prescindencia de los civiles en las funciones de gobierno, sino de una operación castrense que dio la impresión de que el ejército había decidido extirpar todas las excrescencias malsanas encarnadas en movimientistas y falangistas. Seguidamente Bánzer dio pruebas suficientes de que había incluido en sus planes de perpetuarse en el poder, lo que ciertamente rebasaba los iniciales proyectos de las cumbres castrenses, la conformación de un equipo político civil que le fuese totalmente incondicional. No se debe olvidar que desde diferentes posiciones militares se pugnó porque tanto FSB como el MNR se disolviesen para dar paso a un único, nuevo y poderoso partido político, capaz de servir de sustentación a un vigoroso gobierno estructurado por las fuerzas armadas, Ese partido único, tan acariciado por los generales estaba destinado a funcionar como chaleco de fuerza colocado a la mayoría nacional. Lo que más desilusionó a los protagonistas del golpe contrarrevolucionario de 1971, fue el constatar que las ambiciones sectarias, en alguna forma reflejo de la insignificancia y miseria de la clase dominante, hicieron fracasar los esfuerzos que estuvieron encaminados a poner en pie a un poderoso partido político que pudiese convertirse en un nuevo polo aglutinante de los sectores mayoritarios del país. Sería equivocado sostener que los generales estuvieron interesados en estructurar un gobierno elitista y a espaldas de la mayoría nacional, la verdad es lo contrario: se buscó por todos los medios ganar a los bolivianos en favor del plan de los gorilas, pues únicamente de lograrse este propósito podría funcionar un régimen militar sin mayores contratiempos y efectivizarse la trilogía de "paz, orden y trabajo". Hay que repetir nuevamente que una dictadura se transforma en fascismo cuando logra apoyarse en el descontento de vastas capas de la clase media.

La evolución de este proceso político es por demás claro: cuando no se logró que FSB y el MNR se disolviesen en un partido único, Bánzer se lanzó a poner en pie su propio partido, una de cuyas últimas versiones fue ADN.

2 CONSECUENCIAS DEL AUTOGOLPE

En la historia boliviana ha sucedido muchas veces que tras la apariencia de un espectacular golpe destinado a desorientar a la opinión pública se ha consumado un profundo reajuste en la composición y hasta en la orientación gubernamentales como consecuencia de acuerdos logrados en las cumbres políticas. El método ha sido registrado como "mamertazo", en homenaje al nombre del personaje que se prestó a escamotear el resultado de las elecciones de 1951 mediante el fácil recurso de entregar el timón del Estado a la jerarquía castrense. El autogolpe de noviembre de 1974 se inscribe dentro de esta modalidad golpista. Es comprensible que el gorilismo se incline a utilizar con frecuencia este recurso porque le permite "solucionar" los problemas políticos a espaldas del país, evitando en lo posible la peligrosa participación de las masas.

El reajuste de noviembre buscó remozar la política oficialista, insistir en el propósito de ganar el respaldo de grandes sectores de la ciudadanía y, al mismo tiempo, endurecer los métodos fascistas de gobierno. Uno y otro extremo se condicionaron mutuamente.

Tenemos señalado que hasta ese momento el gobierno reaccionario era básicamente militar, aunque incluyó a su sero a dos partidos de la clase dominante, esto porque la política y decisiones quedaron en manos de los jefes castrenses. Hay que reiterar que FSB y el MNR estaban viviendo una etapa de su frustración y de su desintegración, como parte del hundimiento político de la burguesía nacional, proceso que no se detuvo por el hecho de que esos partidos ya tradicionales hubiesen retornado por breve tiempo al Palacio Quemado cogidos de la espada del gorilismo, volvieron no como expresiones políticas de las masas que eran dueñas de las calles, por esto mismo con la suficiente capacidad para imprimir su huella en todo el proceso histórico, sino como sirvientes de los que en ese momento monopolizaban el poder encarnado en las armas. La desintegración de FSB fue más veloz que la del MNR, esto porque aquella organización en ningún momento llegó a penetrar profundamente en las capas mayoritarias del país, nació y vivió como fuerza de choque de la derecha burguesa. La atrofia y el arteroesclerosis del movimientismo (hay que tener presente que fue la expresión más atrevida, después del liberalismo, de la tendencia que planteaba la posibilidad del desarrollo capitalista pleno e independiente del país), fue mucho más prolongada y dramática. Todas sus tendencias, desde la "izquierda" silista hasta la derecha guevarista, pasando por el pazestenssorismo, existieron y existen en la medida en que logran el favor del imperialismo, la negación más acabada del libre desarrollo independiente de un país atrasado.

El autogolpe permitió la radical reestructuración del Poder Ejecutivo, de manera que quedó íntegramente en manos castrenses y se acentuó mucho más el propósito de estatización de los sindicatos y la limitación de su funcionamiento. La universidad ya dependía del gobierno central, pero esta vez sus autoridades comenzaron a funcionar estrechamente como agentes de los organismos de represión.

El despido de FSB y del MNR del seno del gobierno, tuvo como inmediata consecuencia la limitación de movimientos de la oposición, incluida la burguesa. La actividad legal de todos los partidos políticos fue erradicada de la manera más secante que fue posible. En cierta medida y en determinado momento, eran únicamente los generales los que hacían política de manera ostensible y tenían la seguridad de que sólo sus decisiones debían imponerse en el ámbito nacional. Como quiera que los partidos burgueses carecen de estructura, más que de recursos (no en vano son los dueños de los medios de producción), para poder desarrollar una sostenida actividad clandestina, voluntariamente dejaron de actuar. La izquierda en general se colocó en posición ventajosa, pues ya venía moviéndose en medio de las sombras de la vida subterránea. Mas, esto no quiere decir que hubiese desaparecido la oposición burguesa, lo que hizo ésta fue adoptar una nueva cobertura: se desplazó hacia las organizaciones que había puesto en pie la Iglesia y hacia aquellas que decían defender los derechos humanos. Se tornó democratizante y rápidamente este objetivo político unificó a toda la oposición, también a la obrera.

A la acentuación de los métodos fascistas de gobierno se respondió acentuando el carácter democratizante de la lucha antigorila. Ciertamente que el propio desarrollo político objetivo obligaba a colocar en un plano prioritario, inclusive con referencia a las demandas salariales y otras que tenían estrecha relación con las condiciones de vida y de trabajo de los explotados, la lucha encaminada a reconquistar la vigencia de las garantías constitucionales y sindicales, que importa la lucha por el respeto a la ley, que también en estas circunstancias si se quiere dramáticas sigue siendo la voluntad de la clase dominante expresada con ayuda de los principios del derecho que emana de la propiedad privada y de la necesidad de su

preservación. Así se dieron las condiciones para que la lucha opositora durante el período que se abrió con el "mamertazo" de noviembre de 1974 apareciese como predominantemente democrática, como la expresión de la unidad de todas las clases sociales que de manera diferente tuvieron que soportar las consecuencias de la dictadura gorila y fascista, como si las clases hubiesen limado sus aristas y abandonado sus intereses, que son diferentes aunque no siempre excluyentes, como si estuviesen interesadas exclusivamente en ofrecer un frente unido contra los detentadores del poder.

Más tarde, en 1980, Bánzer dirá que las medidas que adoptó después de 1974 fueron básicamente temporales.

La clase obrera, que, como hemos visto, llegó a un alto grado de desarrollo de su conciencia, al extremo de que pudo estructurar nada menos que la Asamblea Popular, uno de los puntos más elevados de la lucha revolucionaria en escala continental, lenta e imperceptiblemente se fue disolviendo en el serio del vasto frente democrático, que en alguna forma resultó ser la expresión de la nación oprimida. En un país atrasado como Bolivia, en el que la liberación nacional es una de las grandes tareas democráticas que insoslayablemente debe consumarse, la conclusión de Marx en sentido de que la clase obrera para poder libertarse no podrá menos que libertar a toda la sociedad, adquiere características particulares y una profundidad sin paralelo.

Diluirse en el seno de la nación oprimida importa perder los contornos clasistas de la ideología propia, el planteamiento de las reivindicaciones clasistas y hasta colocarle un chaleco de fuerza a la actividad instintiva y atenuar la conciencia de clase, renunciar a la ideología propia y al particular enunciado de los objetivos clasistas, todo con miras a subordinarse a la política burguesa, a colocar a las organizaciones obreras al servicio del enemigo de clase. La necesaria lucha por la vigencia de las garantías democráticas, que en nuestro caso venía de muy lejos, se acentuó hasta el extremo en la etapa iniciada con el autogolpe de noviembre de 1974 y tuvo un precio muy elevado para los explotados bolivianos: perder momentáneamente todo lo que habían conquistado hasta entonces y cuya expresión más elevada fue 1971.

Si todo el proceso político llevaba a los explotados hacia las trincheras burguesas democratizantes, esa marcha se vio acentuada en extremo por la presión que en el mismo sentido ejercieron los tradicionales partidos de izquierda. Los obreros, que poseen el enorme capital de su instinto, se mueven describiendo constantes zig-zags y cuando la corriente los empuja hacia la derecha pueden concluir confundiendo con la burguesía, pero, en su momento y empujados por la lucha que se genera alrededor de sus necesidades más apremiantes y cotidianas, vuelven a retornar a la izquierda en busca de su eje revolucionario tradicional, de la experiencia acumulada a lo largo de su historia. El caso de dos partidos políticos es diferente (es erróneo y sumamente peligroso confundir de manera simplista a la clase con la expresión política de sus intereses históricos, que se concentra en la vanguardia). Cuando los partidos abandonaron su programa, que importa un abandono de sus concepciones acerca del desarrollo social y de sus leyes, de la función y mecánica de clases, etc., lo hacen de manera definitiva, no les está permitido abandonar la estrategia con la misma facilidad con que uno se cambia de ropa sucia. Hay que meditar acerca de por qué la socialdemocracia y el stalinismo, luego de haberse desplazado hacia las posiciones de la burguesía, nunca más han podido retornar a las posiciones revolucionarias del marxismo. Si pudieran todavía hacerlo nos permitiría la estructuración de nuevos partidos destinados a retomar la bandera revolucionaria, habría que persistir necesariamente en la lucha opositora en su seno. En el caso boliviano es fácil comprobar que la izquierda tradicional que tan osada y entusiastamente se desplazó hacia el polo burgués, ya no pudo ni podrá salirle las redes con ayuda de las cuales la atrapó la clase dominante, esto porque ese desplazamiento importó el abandono total del programa que pretendía pasar como revolucionario, conclusión que también vale para las organizaciones que no poseen programa escrito, pero que en el pasado se movieron alrededor de algunas proposiciones clasistas y hasta radicales.

El sistemático desplazamiento de las masas y de la izquierda hacia las posiciones burguesas democratizantes apareció inicialmente como una postura inconfundiblemente revolucionaria, no en vano la lucha por la vigencia de las garantías constitucionales se presentaba como una necesidad emergente de todo el proceso político, que arrastró a las masas a posición tan equívoca. En el caso de las agrupaciones que pretendían ser nada menos que la vanguardia organizada de la clase obrera no puede y no debe hablarse de que fueron arrastradas fácilmente por el torrente del momento, sino que las condiciones políticas permitieron que aflorasen las corrientes reaccionarias y pro-burguesas que llevaban ocultas y como tendencia en el seno de su ideología imprecisa, altisonante y contradictoria, que era ya potencialmente

pro-burguesa. Las nuevas circunstancias les obligaron a presentarse de cuerpo entero. Arrojaron por la borda sus disfraces de oropel, la terminología prestada, casi siempre mal empleada, y convirtieron en consignas "tácticas" lo que en ellos era esencia de su teoría y de su política. Lo malo no está en que se hubiese luchado por la vigencia de las garantías constitucionales, hemos dicho que formaba parte de una actitud imprescindible y provechosa, sino en que a esa lucha se la hubiese despojado de toda proyección revolucionaria, en que se la hubiese convertido en la etapa final durante el presente período. Hasta los que se presentaron como trotskizantes concluyeron postulando la revolución por etapas, planteamiento necesario de todo movimiento nacionalista de contenido burgués, de toda capitulación ante los sectores democráticos de la clase dominante.

La izquierda capituladora se apartó definitivamente de la estrategia revolucionaria y de los intereses históricos del proletariado, esto porque contribuyó decididamente a que la burguesía se afirmase como dirección política de la nación oprimida. El pretexto táctico, que según nuestros izquierdistas puede asumir no importa qué fisonomía, inclusive la más reaccionaria y la menos obrerista, sirvió para dar las espaldas a la revolución y dictadura proletarias, de las que se dejó de hablar inclusive como promesa para un futuro indeterminado. De esta manera la táctica se trocó en estrategia y, por tanto, la izquierda obrerista en francamente pro-burguesa. No se comete ninguna exageración cuando se dice que la izquierda voluntariamente se convirtió en derecha, modificó su contenido de clase y esto no puede menos que ser definitivo, se refiere a una cuestión capital programática.

La sostenida lucha contra la acentuación de las medidas fascistas de gobierno que siguió a 1974 empujó a la clase revolucionaria, que esta sólo como posibilidad hasta tanto no afirme su conciencia de clase, es decir su diferenciación política y organizativa, a perder su fisonomía propia en el seno de la nación oprimida, es decir, su independencia clasista, esto porque siguió, sabemos que temporalmente, la política propia del enemigo de clase. La vasta masa atrasada del proletariado cobró su revancha al afirmarse alrededor de las proposiciones difundidas por las corrientes políticas que en alguna forma expresaban los objetivos de la burguesía nacional, que reiteradamente fracasó en su empeño de materializarlos, lo que viene a demostrar que su reactualización como consignas populares no podía menos que adquirir una fisonomía inconfundiblemente reaccionaria. El grueso de la clase arrastró detrás de sí y mediatizó a la vanguardia, depositaria de todos los progresos hechos en la evolución de la conciencia de los explotados. Esta vez la comedia se mudó en inconfundible tragedia. La izquierda capitulante es la responsable de que este proceso hubiese adquirido tan insospechada profundidad, que prácticamente se ha convertido en su propia sepultura, pues ha perdido la posibilidad de aparecer como dirección revolucionaria de las masas en los momentos de su mayor radicalización; está condenada, para poder sobrevivirse, a complacer las exigencias de las diversas expresiones políticas de la clase dominante, que tienen como rasgo común la lucha sistemática contra la radicalización de aquellas, la subordinación al parlamentarismo y el virtual abandono de la acción directa. Esta izquierda se ha convertido en portavoz de la política burguesa en el campo obrero y su expresión más acabada dentro del sindicalismo ha llegado a ser la burocracia cobista.

No se trata de un hecho excepcional, sino más bien de una tendencia persistente en el desarrollo histórico. La izquierda stalinista o filo-stalinista, por lo menos desde 1938, demostró su vocación de servir con obsecuencia a determinados sectores de la clase dominante, que a partir de 1946 llegó a su punto culminante con el contubernio entre el PIR y la rosca. En la etapa que estamos analizando el fenómeno apareció por demás sorprendente debido a la gran radicalización y evolución política de la clase obrera, que contrataban brutalmente con la actitud equívoca de sus direcciones tradicionales.

El retorno de los explotados a su eje revolucionario, que tanto vale decir su radicalización, no sólo que aisló a esa izquierda, que a medida que pasaba el tiempo perdía la popularidad que pudo conquistar, lo que no importa que no hubiese podido ganar asientos en el parlamento o consumir algunas maniobras frentistas, sino que precipitó su crisis ideológica y orgánica. Todo permite concluir que esa izquierda saldrá maltrecha de su aventura oportunista. Sería equivocado confundir esa izquierda con la dirección revolucionaria, pues en caso afirmativo su quiebra significaría la peor desgracia para los explotados. La perspectiva de la revolución no está del todo perdida: de los escombros de la actual izquierda emergerá pujante la nueva dirección que merece la admirable clase obrera boliviana.

El proletariado que ha sido capaz de poner en pie a la Asamblea Popular tiene que organizarse en un poderoso partido político, esto si realmente busca emanciparse. El prime paso que en este camino tiene que darse consiste en someter a una severísima crítica la inconducta de la izquierda; al margen de esta crítica será imposible elaborar la teoría de la revolución, el programa que señale la estrategia de la clase

obrero y, por lo tanto, las normas organizativas que pueden ayudar a poner en pie al estado mayor de los explotados. Se tiene que comprender con toda claridad que los partidos que han adquirido un contenido de clase diferente a la proletaria no pueden ser reformados, sólo merecen ser destruidos. El partido del proletariado es cualitativamente diferente a ellos, aunque puede nutrirse mediante la asimilación de algunas de sus fracciones. Finalmente, volvemos a puntualizar que lo que ahora aparece con meridiana claridad acerca de la conducta de la izquierda no es más que el punto culminante de la que se presentó como germen peligroso después del auto golpe gorila de noviembre.

Si la extrema acentuación de los métodos de gobierno fascistas planteó para los explotados la necesaria lucha por la vigencia de las garantías constitucionales, pisoteadas por la Junta Militar, resultó inevitable la ubicación en la misma trinchera tanto de los trabajadores como de los amplios sectores burgueses democratizantes, así se fue perfilando la tendencia hacia la "democratización" temporal de la clase revolucionaria. El proceso puede ser limitado en el tiempo por dos fechas: 1974 a 1978. Esto no quiere decir que se trata de una línea recta, contrariamente conoció constantes avances y retrocesos. No pocas veces el proletariado pareció confirmarse como clase y como dirección de la nación oprimida, eso sucedió, por ejemplo durante la gran avalancha huelguística que entroncó con el movimiento iniciado por las cuatro mujeres mineras a fines de 1977, pero esos lampos de luz no hicieron más que relieves el desplazamiento masivo hacia la derecha. Lo que fue impulso ciego para las masas, actitud que opacó la conciencia e independencia clasistas, se convirtió en nada menos que abandono programático para los partidos tradicionales de la izquierda boliviana, es decir, en un desplazamiento definitivo de una postura clasista a otra, esta vez identificada con la burguesía. De claudicación ocasional, de maniobra, se convirtió en línea política predominante. En 1974 y después, mientras las masas no atinaban a emanciparse del control político de la burguesía, los oportunistas de "izquierda" parecían fortalecerse, ganar predominio en medio de los explotados. En contraposición, resultaba por demás evidente el aislamiento y soledad del partido revolucionario, que creyó de su deber poner a salvo el programa marxista, tanto vale decir, el porvenir del proceso político boliviano, frente a la derechización de los obreros, de los campesinos y de los izquierdistas.

La acentuación de las medidas fascistas de gobierno sirvió para convertir en realidad el plan de empeoramiento de las condiciones de vida y de trabajo, como la mejor forma, desde el punto de vista de la burguesía criolla y del imperialismo, de superar las dificultades económicas del momento y de aumentar las ganancias patronales. Tal era la motivación última del autogolpe. Ya dijimos que la agravación de los rasgos fascistas del gobierno castrense comenzaron dándose en el papel ¹, pero cuya efectivización estaba subordinada a la posibilidad futura de derrotar efectivamente al movimiento obrero, que seguía en alza y arremetiendo vigorosamente contra el gorilismo. Los explotados estaban seguros de que habían obligado a la dictadura a retroceder y que así, siguiendo el camino de la acción directa, concluirían venciendo.

La prohibición de las actividades políticas y sindicales estaba escrita, pero los obreros, particularmente los mineros, marchaban a tambor batiente detrás de objetivos concretos y utilizando sus propias organizaciones y sus métodos de lucha. Una vez más se pudo constatar que el ascenso de las masas no puede menos que imponer la vigencia de determinadas garantías democráticas, que abandona la clandestinidad y el sigilo para hacerse presente en el escenario de manera bulliciosa y multitudinaria. Este inconfundible ascenso se prolongó hasta mayo de 1976, fecha de realización del congreso minero de Corocoro, esto violentando todas las prohibiciones. La huelga que le siguió dio oportunidad a los generales a asestar un rudo golpe a los trabajadores, a derrotarlos y obligarles a abandonar las posiciones que habían ido conquistando. A partir de esta fecha comienza la efectivización de la política gubernamental dura y el sensible empeoramiento de las condiciones de vida y de trabajo.

Las masas, obligadas a retroceder después de su derrota, abandonaron su tradicional radicalismo y encontraron un motivo de aglutinamiento y una forma de defensa de sus organizaciones tan seriamente amenazadas de ser barridas por el huracán fascista, en la lucha por la defensa de mínimas garantías democráticas. No bien los explotados marcharon el polo burgués y se sometieron a una línea política que les era extraña, dieron las espaldas al FRA, que es la táctica del frente antiimperialista bajo la dirección de la clase obrera.

La derechización de la izquierda le impidió comprender debidamente en qué consiste la lucha democrática, tan importante en un país atrasado, que lo es en la medida en que quedan pendientes de efectivización

1.- G. Lora, "Movimiento Obrero Contemporáneo", La Paz, 1979.

importantes tareas burguesas. En el período de desplazamiento de las masas hacia el polo burgués y luego en el dominado por su radicalización, el esclarecimiento de este problema se convirtió en uno de los más importantes de la actividad política.

Lo primero que tiene que esclarecerse es que una cosa es la lucha democrática por el cumplimiento de las grandes tareas burguesas, y ese es el sentido que le dan los clásicos, y otra diferente la que se entable por la efectivización de las garantías constitucionales y que puede tener vigencia también en los países de desarrollo capitalista avanzado.

El cumplimiento de las tareas burguesas, contenido de la revolución democrática, es inseparable del problema de saber qué clase social, en esta etapa de desintegración del capitalismo monopolista, es capaz de conducir a la nación oprimida hacia esa meta. La formulación no ofrece la menor fisura que permita plantear la separación entre la estrategia y la táctica de la política revolucionaria. Desde el punto de vista del proletariado, corresponderá al gobierno de esta clase social cumplir debidamente las tareas burguesas pendientes, a fin de transformarlas en socialistas. Es abusivo el reducir este proceso a la limitadísima lucha por la vigencia de la Constitución y de las leyes dictadas por la clase dominante, recurso que utiliza la izquierda derechizada para justificar su total capitulación frente a la burguesía. La vigencia de las garantías constitucionales puede lograrse en el marco de la sociedad burguesa, sin que sea preciso modificar las relaciones de producción, por algo el ordenamiento jurídico está destinado a garantizar el régimen de la propiedad privada.

Nuestros socialistas han reducido el planteamiento de la democratización a la vigencia de las garantías democráticas, aunque de tarde en tarde opusieron a la dictadura gorila la necesidad de convocatoria a elecciones, todo dentro de un proyecto de perfeccionamiento de la democracia, que se ajustaba debidamente a la capitulación frente a la burguesía. La democracia y el fascismo, que de ninguna manera deben ser identificados o confundidos, no son más que dos formas gubernamentales del Estado burgués y aparecen en diferentes momentos del desarrollo del capitalismo.

La política revolucionaria no puede menos que enfrentar y resolver la cuestión de la "revolución democrática", como gustaban decir los marxistas rusos, pero esto no supone que se esté planteando como meta de la presente etapa el perfeccionamiento de la democracia formal, es decir, del Estado burgués, ni siquiera el perfeccionamiento del parlamentarismo. Hacerlo significaría acabar como reformista, porque el tan publicitado perfeccionamiento de la democracia no sería otra cosa que el perfeccionamiento del régimen capitalista, una reforma que no pasa de ser una utopía. El reformismo genera la tesis de la pacífica transformación del capitalismo en socialismo y se complementa con ésta. Cuando las masas se abandonan fugazmente en brazos del parlamentarismo, se deja que actúe libremente la ilusión de que cuando los socialistas logren controlar la mayoría del parlamento (el 51%, por ejemplo) llegado sería el momento de la pacífica y gradual transformación de la sociedad, con ayuda de los recursos legales y no de la violencia de las masas. Ni duda cabe que en esta deformación del planteamiento de la perspectiva revolucionaria hay mucha dosis de moralismo pequeño-burgués.

El más grande error de la izquierda al servicio de la burguesía, un equívoco que entronca en su verdadera concepción programática, por otra parte, consistió en haber convertido la lucha por las garantías democráticas, pequeña dentro de la perspectiva histórica aunque puede convertirse en prioritaria en determinado momento, nada menos que en una finalidad estratégica, lo que importó luchar por la reforma y mantenimiento de la sociedad burguesa. La finalidad de la clase obrera no puede consistir en otorgarle rasgos democráticos al capitalismo, esto porque su tarea histórica consiste, precisamente, en destruirlo. No sirve el justificativo de que se obró así por imposición de circunstancias concretas de determinado momento del desarrollo político, esto porque, como llevamos indicado, cuando la izquierda procederle esta manera lo que hace en realidad es abandonar definitivamente el programa de la revolución.

La lucha por las garantías constitucionales se explica si sirve de puente para la movilización de las masas y para conducir las hacia el cumplimiento de su finalidad estratégica.

Una y otra vez la izquierda tradicional se esforzó por contribuir a que la clase obrera perdiese sus perfiles propios y se confundiese con la masa democratizante, esto al apartarle de su meta de la revolución y dictadura proletarias. Hay una diferencia substancial entre el partido y la clase, no sólo porque aquel es nada menos que la organización de la vanguardia del proletariado, sino porque la masa obrera es instinto socialista, que gracias a la acción transformadora partidista puede llegar a ser conciencia, lo que no debe

considerarse igual a la expresión programática (ciencia social) de las leyes de la transformación de la sociedad. Aquí se encuentra la explicación de por qué la clase puede retornar a su eje revolucionario pese a todos sus ocasionales extravíos, por muy graves que éstos sean, y no así el partido político.

3

¿LA DEMOCRACIA ES LA IMPRESCINDIBLE ESCUELA POLÍTICA DEL PROLETARIADO?

La izquierda tradicional, actuando y hablando desde el campo del enemigo de clase, formuló la tesis de que la terca batalla que libró, juntamente con la burguesía democratizante y enarbolando como estandarte las ideas de éstas, se encaminó a poner en pie una generosa democracia que fuese capaz de convertirse en la escuela política primaria del proletariado. En este planteamiento la democracia burguesa aparece como una etapa necesaria y previa para el logro de los objetivos socialistas. Aparentemente stalinistas, nacionalistas y sus seguidores, no reniegan del gobierno propio de los obreros, se limitan a hacerle preceder de la etapa democrática burguesa. La teoría y la experiencia enseñan que cuando la revolución proletaria es relegada hasta las calendas griegas, de finalidad estratégica de lucha (de la lucha actual, ni duda cabe) se convierte en sueño utópico.

La izquierda pro-burguesa pretende estrangular los objetivos proletarios dentro del estrecho marco de la democracia formal. Una prueba suplementaria se la tiene en su teoría de que la democracia en la que ella interviene ya no es estrictamente burguesa sino que presentaría rasgos de una forma gubernamental superior, sería social, económica, popular o, en fin, una nueva democracia, todo a gusto del cliente. Esta formulación es por demás peligrosa porque da a entender que el Estado burgués puede transformarse internamente hasta devenir en socialista. De esta manera se supone que el ministerialismo y el colaboracionismo reemplazan a la lucha de clases. Si hubiese algo de verdad en dicha tesis habría que descartar el camino insurreccional para poder llegar al nuevo Estado y plegarse a la creencia de que es posible el paso gradual y pacífico de una sociedad a otra.

La revolución por etapas, que importa el abandono definitivo de la estrategia proletaria, se niega a reconocer que pueda materializarse como resultado de la lucha cotidiana de los explotados y espera que éstos se encuentren totalmente preparados y educados en la escuela de la democracia burguesa, para luego emprender su gran aventura liberadora. Nos encontramos frente a dos concepciones diametralmente opuestas de la revolución.

El programa de transición adquiere singular importancia porque plantea la posibilidad de que los explotados puedan movilizarse hacia la revolución, como parte integrante de su actividad cotidiana y partiendo de su real evolución como clase, sin ignorarse atraso y sus prejuicios, a través del puente de las reivindicaciones transitorias, que han sido formuladas para poder superar el descomunal abismo que para la socialdemocracia, por ejemplo, separaba el programa mínimo (reforma y lucha diaria) del máximo (programa socialista). La revolución por etapas parece haber estratificado definitivamente esta separación entre reforma y revolución y ya no las considera como aspectos del proceso único de la madurez y necesaria transformación de la sociedad. El programa de transición (la Tesis de Pulacayo, la Política del IV Congreso de la COB y otros documentos ideológicos capitales del movimiento obrero siguen este método) una táctica y estrategia, reforma y revolución, como partes inseparables y que se condicionan mutuamente, de la política del proletariado.

En el planteamiento de stalinistas, nacionalistas y sus seguidores, es explicable que se espere la previa madurez y educación de los explotados para que en el futuro puedan cumplir las tareas socialistas. No debe olvidarse que la urgencia de encadenar a la clase obrera a la limitadísima lucha por una "democracia", que tanto vale decir por el capitalismo estructurado como estado democrático, encuentra su fundamentación "teórica" en el presupuesto de que en Bolivia, como se denuncia por su rezagado desarrollo económico, social y político, las fuerzas productivas únicamente han madurado para hacer posible la revolución democrática burguesa, que necesariamente supone la subordinación de la clase obrera a la "burguesía progresista o revolucionaria". El desarrollo democrático (superación del atraso en el marco capitalista) permitía que la clase obrera se transforme, gracias a una amplia y sostenida industrialización ya la maquinización del agro, en demográficamente mayoritaria y que, además, políticamente se vigorice y estructure, sacando así ventaja de la generosa vigencia de las garantías democráticas. En resumen: esa clase obrera, de incipiente se convertiría en política y organizativamente madura y de esta manera

estaría recién capacitada para plantearse, en el plano de la realidad y no de la utopía, la revolución proletaria. La etapa democrática, para utilizar ajustadamente el planteamiento stalinista, debe servirla imprescindiblemente porque constituirá la necesaria preparación de la futura revolución socialista, meta última de la humanidad, etc.

De esta manera, la estrategia del proletariado, anacrónica en medio del aterrador atraso industrial del país, que permite tipificarlo como pre-capitalista, debe ser relegada para un futuro indeterminado, estando obligada la clase obrera a plegar las alas para merecer la protección y la orientación política de la burguesía, lo que le debe llevar a hacer suyas las finalidades que la clase dominante "progresista" busca materializar en el momento presente: el funcionamiento de una amplísima democracia y la tardía plasmación del gran Estado nacional soberano.

No puede haber la menor duda de que la vigencia de las garantías constitucionales puede permitir a los explotados organizarse más fácilmente, lo que les obliga a luchar por su efectivización. Sin embargo, la clase obrera se organiza y educa para libertarse y no para remachar sus cadenas, que no otra cosa significa señalarse como meta de la presente etapa el perfeccionamiento de la democracia. La democracia debe permitir la movilización de las masas hacia la conquista del poder, es decir, hacia la destrucción de la democracia. Democracia y parlamento son creaciones burguesas, como campo propicio para que los dueños de los medios de producción puedan imponerse y someter a su despótica voluntad a la mayoría nacional. En ciertas circunstancias políticas, que son aquellas que todavía no permiten que los trabajadores solucionen los problemas cardinales de la política con sus propias manos y sus propios métodos, puede resultar inevitable participar en la lucha por la democratización y en el seno mismo del parlamento, que es tanto como meterse en el campo enemigo a batallar en favor de un programa inconfundiblemente antiburgués. En este caso esa difícil lucha debe encaminarse a destruir a la democracia y el parlamentarismo burgueses, única manera de orientarse hacia la estructuración de una nueva sociedad. Para esto esa lucha debe estar estrechamente subordinada a la estrategia de la revolución y dictadura proletarias.

No se trata de perfeccionar al capitalismo, es decir, a la democracia formal, sino de destruirlos. Si no olvidarnos la lucha de clases y la explotación de la fuerza de trabajo por los empresarios en la que se basa, se tiene que subrayar que la democracia burguesa más perfecta no deja de ser una dictadura de la clase dominante, en la que las garantías constitucionales tienen vigencia plena en favor de los dueños de los medios de producción y su extensión a la mayoría nacional se ve restringida en extremo. Los explotados conocerán las bondades de la democracia en toda su plenitud, y esto por primera vez, bajo el régimen de la dictadura del proletariado.

Plantearse como objetivo de la actual lucha de las masas el perfeccionamiento de la democracia importa partir de la evidencia de que todavía es posible en Bolivia el pleno e independiente desarrollo del capitalismo. En este caso, la liberación nacional no tendría más finalidad que permitir el desarrollo de las fuerzas productivas en el marco capitalista. Las formulaciones de la izquierda pro-burguesa adquirirían alguna coherencia si se dijese que ese desarrollo de las fuerzas productivas puede convertirse en el basamento material de un generoso desenvolvimiento de la democracia burguesa.

Pese a todo, la anterior conclusión violenta las verdaderas leyes del desarrollo y de la transformación del país. Si tomamos en cuenta el período de desintegración al que ha ingresado el capitalismo monopolista y la presencia en el escenario político del proletariado como clase, se tiene que llegar a la conclusión de que están cerradas las posibilidades del desarrollo capitalista pleno e independiente de Bolivia. El necesario desarrollo de las fuerzas productivas tendrá lugar a través de métodos socialistas: la estatización de los medios de producción y la planificación de la economía, que de una manera necesaria y radical serán materializadas por el Estado obrero. La izquierda proburguesa no ha tenido el tino de demostrar la factibilidad de su proyecto de un pleno desarrollo capitalista del país, precisamente cuando el capitalismo se hunde en escala internacional y de manera irremediable.

Si ya no es posible el desarrollo capitalista pleno del país en la forma que se tiene indicada más arriba, se tiene que llegar a la conclusión de que tampoco podemos tener un período de amplio florecimiento de la democracia burguesa. No existen condiciones materiales para ello y esto resulta palpable en la actualidad. ¿En qué sector social puede apoyarse la democracia formal? Los izquierdistas no se formulan esta importante pregunta y tampoco creen oportuno responderla. Ciertamente que no en la clase obrera, que, como se tiene indicado, es instintivamente socialista y que solamente cuando todavía no se ha

estructurado como clase, es decir, cuando sigue la política burguesa, puede creer que su objetivo central es la democracia burguesa, pues para ello tendría que estar convencida de que en el marco parlamentario y con ayuda de la papeleta electoral limpia y universalmente utilizada, es posible no sólo la satisfacción de sus demandas inmediatas, sino su propia liberación como clase. En el período liberal se dio este caso, pero no bien los explotados cuestionaron la capacidad revolucionaria del partido gobernante, plantearon la posibilidad de una respuesta clasista a los problemas políticos. En nuestra época no es posible esperar que la clase obrera funcione como la pieza clave de la democracia parlamentaria, esto por su gran evolución política, extremo que alientan los sectores burgueses, lo que no es más que reformismo pequeño-burgués y socializante.

El gran desarrollo capitalista, particularmente en los países enriquecidos a costa del saqueo de casi todo el mundo, ha generado paralelamente una vasta y enriquecida clase media, la nueva clase media, tan interesada en integrarse en la gran burguesía; es esta clase media, que actúa como amortiguadora de las agudas contradicciones que existen entre las clases polares de la sociedad y como fuente que nutre al reformismo, la que se convierte en el pivote alrededor del cual fructifica la democracia y funciona el parlamento, al que le da elemento humano y su ideología. En este caso se patentiza cómo la gran burguesía actúa a través del reformismo de la clase media. Esa capa social enriquecida se mueve de esa manera por estar segura que así se realizará en el presente y porque precisa de tranquilidad para aprovechar debidamente su bienestar. Las capas intelectuales socializantes que se forman en su seno plantean la pacífica transformación de la sociedad, la desaparición de las desigualdades sociales con ayuda del ordenamiento jurídico, el atajo a las injusticias sociales, etc., a través de la actividad parlamentaria. Esta clase media cuando logra ejercer decisiva influencia sobre el asalariado concluye sometiéndolo a la política burguesa, entonces el parlamentarismo puede desarrollarse sin mayores tropiezos: la armonía de clases constituye el mejor clima para su florecimiento.

El hecho de que en Bolivia el capitalismo se dé como economía combinada, que en alguna forma está denunciando que vino como elemento invasor y que no es producto nativo, ya demuestra que no puede esperarse que atravesase por una etapa de vigoroso y total desarrollo del modo de producción capitalista y también explica por qué está ausente una clase media rica, que su lugar está ocupado por una capa social empobrecida y estrangulada en su desarrollo, esta masa depauperada en extremo (la mayoría de la clase media vive en condiciones aún peores que las del proletariado, que ya son lamentables) no puede cumplir la función de atenuador de la lucha de clases, sino que actúa como carga explosiva y se moviliza constantemente como aliada natural de los trabajadores. En Bolivia el parlamentarismo no encuentra un adecuado sustento social, está colgado de las nubes y por lo mismo no puede desarrollarse en gran medida. Nuevamente se comprueba que se trata de un lujo que sólo pueden darse los países ricos y que está vedado para los pobres como el nuestro. Se puede concluir que la democracia burguesa es inviable en Bolivia porque ya no conocerá un pleno desarrollo capitalista. De esta manera, repetimos, la tesis en favor del establecimiento de la forma democrática gubernamental no pasa de ser una utopía alimentada por los sectores burgueses y servilmente repetida por la izquierda tradicional rechazada.

¿Un simple error táctico de esa "izquierda"? Ciertamente que no. Se trata de un grave error programático acerca de la concepción misma de la revolución en Bolivia. Los democratizantes se limitan a desarrollar la política burguesa en lo que se refiere al desarrollo de las fuerzas productivas y se enfrentan abiertamente con la estrategia de la clase obrera: la revolución y dictadura proletarias, que es descartada por ellos como inalcanzable.

La actitud de la izquierda a partir de 1971 fue por demás contradictoria: inicialmente se aferró a su lucha tradicional ultrista, creía que en todo momento se encontraba a la orden del día la posibilidad de precipitar la lucha armada y de capturar el poder, esto aproximadamente hasta 1974. Se trataba de un grueso error táctico, estrechamente vinculado con los equívocos de su programa filo-foquista; ignoraba por completo a las masas y el estado real en que se encontraban, a fin de poder más fácilmente reemplazarlas con los explosivos. Entonces dijo el P.O.R. que la actitud revolucionaria no podía ser otra que la de partir de la lucha real de los explotados, a fin de poder potenciar políticamente: había que unir y generalizar los brotes de resistencia de las masas al gorilismo, las actitudes de defensa de las garantías constitucionales y sindicales y las demandas de aumentos salariales, de respeto a la dignidad de los obreros, etc.

Después de 1974 cambió radicalmente la conducta de la izquierda: abandonó todo su anterior programa terrorista y ultimativista y se volvió democratizante a ultranza, como hemos señalado más arriba. Se perdió en medio de la lucha cotidiana alrededor de modestísimas demandas y concluyó olvidando la gran

meta de la conquista del poder, esto si alguna vez sus actos estuvieron referidos a ésta.

Durante todo este período la "izquierda" partió de la certidumbre de que la contradicción fundamental en Bolivia no era otra que la existente entre fascismo y democracia y de que era falso orientarse teniendo como referencia la antinomia fascismo y socialismo. En este caso democracia hay que entenderla ajustadamente como una determinada forma gubernamental del Estado burgués. No puede discutirse que hay enormes diferencias y también contradicciones entre fascismo y democracia, pero están muy lejos de conformar la contradicción fundamental, que, ni duda cabe, sigue siendo la existente ente fascismo y socialismo. Dicho de otra manera: el verdadero aplastamiento del fascismo sólo puede darse con la destrucción del régimen de la propiedad privada. Históricamente el fascismo ha nacido del vientre de la democracia burguesa. Limitarse a reformar al capitalismo importa sentar las bases para la futura aparición del fascismo.

Por todo esto, la lucha por la vigencia de las garantías constitucionales debe servir para movilizara los explotados hacia la destrucción de la sociedad burguesa, solamente así se arrancará de raíz al peligro fascista.

4 ENSEÑANZAS DE LAS TRÁGICAS JORNADAS DE NOVIEMBRE DE 1979

A las escandalosamente fraudulentas elecciones generales del año 1978, siguieron también las fraudulentas, aunque en menor grado, e igualmente antidemocráticas de 1979, pues tuvieron como punto central la negación de la ciudadanía plena en favor de la mayoría campesina que es analfabeta. Se podía suponer que habiendo el pueblo soberano designado a sus ocasionales representantes para que legisasen a su nombre, estaba ya asegurado el funcionamiento del régimen democrático, que se lo supone sinónimo de estabilidad política, social y jurídica. La realidad obligó a los ingenuos a colocar los pies sobre la tierra cuando apareció evidente el prematuro fracaso de la democracia criolla. El parlamento no resolvió ningún problema nacional o social de alguna importancia y ni siquiera pudo funcionar como un verdadero poder del Estado, capaz de efectivizar las prerrogativas que le acuerdan las leyes. Organismo inocuo, se perdió en medio de minucias y en todo momento tuvo que pedir la venia a los sables para poder seguir sirviendo de escenario a los discurseadores de plazuela.

La derecha respondió rápidamente al fracaso del parlamentarismo y bajo el pretexto de poner orden en el caos precipitado por las elecciones generales, consumó, a través del fascismo encarnado en los gorilas, su golpe de Estado de noviembre de 1979. Las dubitaciones e inoperancia del gobierno Guevara (salida parlamentaria y del total agrado del Departamento de Estado de los EE.UU. de N.A., al supuesto empate electoral entre los frentes burgueses llamados UDP y Alianza-MNR) plantearon la necesidad de un reajuste del equipo estatal; pero, para todos ese reajuste debía seguir los canales democráticos o parlamentarios. Guevara ha contado que insumió gran parte de su tiempo y esfuerzos de "estadista" conversando interminablemente con los generales golpistas, a fin de convencerles acerca de la postergación de su decisión anticonstitucional y de la urgencia de que se sumasen, más bien, a su tan acariciado proyecto de prórroga del mandato que había recibido del Legislativo. En ese momento no había quien, excepto la ilimitada ambición de los golpistas uniformados y de los nacionalistas civiles que se cogieron de sus levitas, buscase o desease el golpe de Estado y menos que nadie el todopoderoso amo del Norte. Todo esto permitía adelantar el fracaso de la operación castrense consumada bajo el comando del coronel Natusch.

La desgracia del movimiento gorila no fue otra que el haber nacido totalmente aislado, en medio de la hostilidad de todas las clases sociales, de los empresarios y del imperialismo norteamericano y sin contar con el apoyo decidido del ejército. Si bien podía haberse consolidado como una dictadura derechista, como la expresión de la burguesía que no cree en la democracia, aunque utiliza el rótulo para encubrir sus inconfesables fines, estos siempre que las condiciones políticas se hubieran modificado, no tenía posibilidades de afirmarse como fascismo, no estaban dadas las condiciones para que importantes capas de la pequeña-burguesía pudiesen servirle de apoyo político civil.

Los golpistas actuaron dentro del esquema de ganar rápidamente la confianza de la mayoría nacional,

que habría actuado como poderosa fuerza de presión sobre el Departamento de Estado de los EE.UU. Esto explica por qué debutaron como "demócratas", dando ilimitadas garantías para el funcionamiento del parlamento, aunque entre sus profundas motivaciones se encontraba la negación de la democracia representativa, de los partidos políticos y de los sindicatos, sin excepción alguna. Al coronel Natusch le habría gustado ser ungido Presidente "de facto" nada menos que por quienes oficiaban de representantes de la voluntad popular. Ya sabemos que el esquema no se cumplió, pero volvió a demostrar la inviabilidad de la democracia y a probar que el fascismo proviene del serio de la democracia. Rápidamente fue confirmado lo que hasta entonces podía ser únicamente producto de especulaciones teóricas: los golpistas y los parlamentarios "constitucionales", juntamente con portavoces de los partidos políticos que decían estar dispuestos a luchar y morir en defensa de la sacrosanta "voluntad popular", emprendieron las difíciles discusiones encaminadas a lograr un acuerdo con elecciones generales y el funcionamiento del Poder Ejecutivo y del Parlamento "constitucionales" y pese a la manera por demás arbitraria de interpretar las leyes por parte de los demócratas, de que en Bolivia el verdadero monopolizador del poder y de las armas es el ejército.

De una manera instintiva y elemental, las masas ganaron las calles y se enfrentaron con los golpistas, que fueron catalogados como gorilas que no podrían menos que destruir todas las conquistas sindicales y democráticas, dispuestos a imponer el retorno a los mejores tiempos de los generales Barrientos y Bánzer. La aguda tensión de la lucha permitió que se afirmase inconfundible la independencia de clase y la tendencia proletaria hacia la hegemonía sobre toda la nación oprimida, esto no como una explosión desesperada y excepcional, sino como parte integrante del retorno de las masas hacia su tradicional eje revolucionario, hacia el reencuentro con la línea política interrumpida en 1971, en fin, hacia su tradición, que cuenta mucho en la formación de la clase y en la vida política.

Si el total aislamiento de los golpistas se tradujo en una extrema inestabilidad gubernamental, la presencia militante y desafiante de los explotados se convirtió en la fuerza decisiva que determinó la derrota del régimen Natusch.

Dando las espaldas a la burocracia democratizante, dominada por los afiliados de la UDP, los explotados recurrieron a la acción directa de masas y casi de una manera natural desembocaron en las explosiones huelguísticas. Se podía constatar que los trabajadores se encaminaban a derrocar a los usurpadores, en tanto que la burocracia sindical pugnaba por lograr un acuerdo con los gorilas e inclusive dio pasos para poder conformar el proyectado gobierno tripartito (ejército, parlamento y COB). Así quedó patentizada la contradicción entre las tendencias genuinamente proletarias, que se encaminaban a destruir el régimen imperante, con sus derivaciones fascistas o pseudo-democráticas pro-burguesas tan empeñadas en reformar al capitalismo en el marco de la democracia formal, inclusive buscando entenderse con los golpistas, es decir, traicionando los ideales democráticos elementales.

La situación imperante, dentro de la cual las masas usando la acción directa jugaron el papel de fuerza decisiva, se tornó excepcionalmente favorable para la victoria casi inmediata de la huelga general. Si realmente se quería derrocar al gorilismo golpista lo único que correspondía era decretar de manera inmediata la huelga general indefinida, lo que habría puesto en manos de la clase obrera la solución del problema político, que equivale a decir que se hubiera abierto la posibilidad de que el proceso de transformación rompiera los estrechos límites capitalistas y democráticos. A pesar de que las masas estaban demostrando con su vigorosa y heroica acción que estaban dispuestas a luchar hasta la victoria de sus aspiraciones más profundas, las direcciones sindicales e izquierdistas persistían en su democratismo, en su empeño de estrangular a los obreros dentro de los canales del reformismo de contenido burgués. Se hizo evidente el afán desmovilizados de los explotados. Los demócratas se apoyaban en lo que hacían las masas sólo para hacer reflotar el esquema democrático, no para ir a derribar al capitalismo. De esta manera quedó planteada la inevitable fricción entre los explotados y sus ocasionales direcciones, cosa que no tardó en aflorar vigorosamente.

En todo momento detensión entre las clases antagónicas de la sociedad salta a primer plano la experiencia acumulada en el pasado, vuelve a formularse la unidad férrea de las fuerzas combatientes. Sin embargo, lo que es anticipo del frente revolucionario antiimperialista (es decir, la nación oprimida moviéndose acaudillada por el proletariado) para la clase obrera, a los sectores democratizantes y proburgueses se les antoja una cobertura capaz de contener el ímpetu revolucionario de los explotados. Cuando la situación política que siguió al golpe de Natusch llegó a su punto crítico, la COB convocó a los partidos políticos del más diverso matiz, lo que era ya muy sospechoso, a conformar un Comité Democrático, rótulo acuñado

a priori y que anticipaba qué contenido político y de clase se le pensaba imprimir. El POR concurrió a esas reuniones porque consideraba que bien podían ser, en alguna forma la reactualización e la experiencia de 1970 y efectivamente fue así. La unidad de las fuerzas populares ganó nuevamente el terreno de la actualidad, se la consideraba la respuesta más adecuada e inclusive como la clave para resolver todos los problemas políticos. Sin embargo, como la política burguesa mantenía engrillada a la izquierda se planteó la tesis de estructurar rápidamente un frente tras la consigna difusa de lucha democrática, sin mayor precisión programática o ideológica. Para la izquierda esta actitud, comprensible en quienes tan tercamente se afanaban por no desprenderse de los partidos y frentes burgueses, importaba el abandono de su anterior fraseología aparentemente radical, de su historia y de sus actitudes provocativas, todo buscando ganar la confianza de la clase dominante; por otro lado, los burgueses democratizantes podían darse por felices: los partidos presuntamente marxistas les aseguraban su preeminencia en medio de los explotados. Lo menos que podían exigir los revolucionarios era la delimitación, a través del establecimiento de normas programáticas, de los participantes en el frente. Partiendo de esta consideración elemental e imprescindible tratándose de un bloque político, el POR propuso que los participantes debían someterse a la Tesis Política de la COB, exigencia que debía resultar normal para los dirigentes sindicales, pero éstos ya habían decidido archivar el programa ideológico de la Central Obrera, por considerar que su aplicación estaba reservada para un futuro indeterminado, cuando sonase el momento de la efectivización de la estrategia, pues en ese entonces sólo podía aplicarse la táctica, la menuda maniobra a gusto de la clase dominante, casi siempre estrechamente electoralista.

Era indiscutible que la situación política era propicia para que pudiese prosperar un frente revolucionario de las tendencias que se reclamaban de las posiciones de izquierda y que realmente estuviesen al servicio de la estrategia del proletariado. Pese a esta realidad, se pretendió estructurar el frente con la finalidad exclusiva de que los burgueses democratizantes pudiesen maniobrar a sus anchas teniendo como punto de apoyo dicho eje, que, además, les permitiría engatusar y arrastrar a los trabajadores detrás de sí. Como quiera que la preocupación fundamental de los burgueses era lograr un entendimiento, precario o no, con los gorilas golpistas, no dieron mayor importancia al famoso Comité, que apenas si fue utilizado como una pantalla para encubrir las posturas destinadas a entenderse con los golpistas. El proyecto de frente se diluyó en la inoperancia como resultado del error inicial de no haberse fijado los límites programáticos de la organización. Únicamente cuando el ensayo naufragó los "izquierdistas" parecieron haberse dado cuenta que un frente sin objetivos claros no puede menos que servir a la burguesía.

La huelga general indefinida fue decretada muy tarde, después que los gorilas tuvieron tiempo para ajustar sus propias filas, no se aprovechó su debilidad inicial, lo que fue sumamente grave en la lucha de clases, como en toda guerra, por otra parte.

La burocracia sindical utilizó dos argumentos para rechazar las proposiciones que desde el campo proletario se hicieron: que algunos sectores podían oponerse a medida tan radical, cosa que siempre ocurre, pero en determinadas condiciones los sectores radicalizados neutralizan y arrastran a los dubitantes, y que, como quiera que la huelga general supone la guerra civil, sólo podía utilizarse ese gran recurso si previamente se ultimaban los preparativos para la insurrección. El último argumento, que se lo presentó como el más categórico y el de mayor peso, fue usado abusivamente; la huelga general lleva la posibilidad (únicamente la posibilidad, lo que importa que pueda o no materializarse, en la práctica muchas huelgas transcurren y se agotan solamente como tales) de concluir en guerra civil, uno de los momentos de mayor agudización de la lucha de clases. La guerra civil, si se da, será el producto del propio desarrollo de la huelga, de que se efectivice su gran capacidad de movilización no sólo de la clase, sino de la misma nación oprimida, es decir, será la consecuencia de que los explotados maduren para la guerra civil a través de su propia acción y no de que pasen por un itinerario fijado anticipadamente por la mente afiebrada de tal o cual politiquero. Trotsky en "1905" sostiene que la huelga general política es la insurrección, pero esto no significa que lo sea desde el primer momento, pues la misma huelga constituye un proceso en continua transformación, sino de que puede desembocar en la insurrección.

Pese a que la huelga general fue decretada a destiempo, cuando no estaban dadas las condiciones para la estructuración de una poderosa dirección y ni siquiera para poner en pie un comité nacional de huelga, que, conforme enseña la rica experiencia boliviana, no habría tardado en convertirse en órgano de poder de las masas, demostró su gran poderío y prácticamente rechazó la brutal represión y precipitó la caída de los gorilas golpistas.

Cuando las masas estaban decididas a imponer en las calles su voluntad, cuando se hizo evidente que la

huelga había convertido al proletariado en caudillo nacional e indiscutido árbitro de la situación política, la burocracia suspendió inconsulta e inoportunamente la huelga general. Su solo mantenimiento habría dado lugar a que la respuesta política se hiciese conforme a la estrategia de la clase obrera, cosa que ninguna manera esperaba ni deseaba la burocracia sindical enfeudada a la clase dominante. De esta manera se evitó que las masas diesen una respuesta plebeya al problema de cómo extirpar de raíz el peligro golpista del fascismo. La torpe retirada de la burocracia cobista permitió que el impase fuese superado a través del entendimiento "constitucional" entre golpistas y parlamentarios², lo que dio lugar a que persistiese la amenaza del golpe fascista.

5 EL EJÉRCITO Y LA CLASE OBRERA

El gran período de revolución social que se abre con la rebelión de las fuerzas productivas contra las ya estrechas relaciones de producción (propiedad privada burguesa) llega a su punto culminante, se efectiviza, cuando la clase obrera está madura y encuentra las condiciones propicias para consumir el desalojo de la burguesía del poder, que no otra cosa es la insurrección.

Sabemos que la faceta más importante que se cumple entre el momento en que comienza la rebelión de las fuerzas productivas, marcada por las crisis económicas cíclicas, por las guerras y por las revoluciones, y en el que se efectiviza el desplazamiento de una clase por otra del poder, es aquella que se refiere a la transformación del proletariado de clase en sí en clase para sí y a la formación del partido revolucionario, requisitos sine qua non para hacer posible la materialización de la revolución social (cumplimiento de las leyes de la transformación de la sociedad), que constituye promesa de victoria sine die. La construcción del partido concluye resumiendo todos los problemas de la revolución y de la misma humanidad, se convierte, en ese momento, en más importante que la misma economía.

La insurrección se dará cuando el proletariado se convierta en caudillo nacional, cuando las clases medias protagonicen un profundo desplazamiento hacia la izquierda, cuando se efectivice la alianza obrero-campesina, cuando sea evidente el hundimiento de la clase dominante, como estado y como ideología, proceso que permitirá que la clase obrera gane para sus posiciones a los mejores elementos de las otras clases sociales. El resquebrajamiento del aparato estatal se da como la quiebra de sus pilares fundamentales de sustentación, que son basamento del régimen imperante, y entre los que se cuentan al ejército y a la Iglesia; esta última conoce actualmente la quiebra más aguda de toda su existencia, pues se trata de una quiebra de sus mismos fundamentos ideológicos: de guardián celoso de la propiedad privada se va convirtiendo en trinchera de lucha contra ella.

El problema del ejército adquiere, como enseñan los acontecimientos producidos al calor de las luchas sociales, capital significación para la liberación de los explotados y para el triunfo de la revolución por el camino insurreccional, el único expedito, por otra parte. No puede darse la insurrección victoriosa frente a un ejército intacto, que conserve toda su capacidad represiva y de fuego. Esta institución (criatura de la clase dominante, vaciada conforme a los intereses de ésta, que no tiene posibilidades de colocarse al margen de la lucha de clases, cuyo destino está señalado por las vicisitudes que conoce esta última) puede perder y pierde su verticalidad y su disciplina tradicional, destinada a acallar a su ancha base social y a permitir que se exprese políticamente sólo a través de su alto mando, bajo la poderosa presión de ascenso revolucionario. Normalmente las fuerzas armadas responden, en alguna forma, a las ideas de la época y a la opinión pública oficial, que reflejan las ideas de la clase dominante, pero en los momentos de convulsión, cuando se acentúa la tensión entre las clases antagónicas de la sociedad puede derrumbarse la ideología de la institución castrense, como resultado de que en sus filas logran filtrarse las ideas heréticas que enarbolan las masas subvertidas. En ese momento la mayoría del ejército comienza a pensar y a decidir y es cuando la disciplina tradicional llega a su fin; las fuerzas armadas se proyectan hacia la escisión, una parte de ellas puede ser ganada por la revolución, o por lo menos quedar neutralizada, entonces aquellas pierden su capacidad de fuego, ya no funcionan como instrumento represivo. Es este proceso el que puede permitir que los arsenales se abran para el pueblo y éste tenga la posibilidad efectiva de armarse. La rebelión de la mayoría uniformada contra los mandos tradicionales y contra las normas férreas del ejército forma parte del ascenso revolucionario y no es más que la expresión de la poderosa presión que sobre la institución que concentra la capacidad compulsiva y la violencia estatales ejercitan las masas subvertidas.

2.- G. Lora, "Enseñanzas de la Semana Trágica" La Paz, 1979.

Cuando el estado burgués se desmorona quiere decir que la ola revolucionaria está llegando a alturas insospechadas, entonces sería imposible que las fuerzas armadas conserven su tradicional unidad, aunque muchas veces ésta es sólo aparente. La lucha de clases, que en ningún momento deja de influenciar sobre el ejército, cierto que esa influencia puede recorrer los caminos más insospechados y poco visibles, se traduce de las maneras más diversas en la política de las instituciones militares.

Durante el alza del movimiento revolucionario, que a eso llamamos ascenso revolucionario, las ideas revolucionarias prenden en soldados, clases, suboficiales y jóvenes oficiales, y de esta manera se convierten en fuerza material que mina internamente al ejército tradicional, lo convierte en posible aliado de la clase social llamada a transformar estructuralmente a la sociedad burguesa. Este proceso, además de formar parte de la crisis de la clase dominante, abre la perspectiva de la identidad de grandes capas de uniformados con la política de la clase obrera. Es entonces que los soldados se niegan a disparar contra las gentes del pueblo y los fusiles pueden dirigirse contra la alta jerarquía castrense y contra los generales gorilas. En todo momento es la política la que orienta la acción de los fusiles.

La propaganda partidista dirigida al ejército no deja de tener importancia, pero es incapaz de sustituir la poderosa acción de las masas radicalizadas, si este fenómeno no se da, la más inteligente actividad propagandística podrá muy poco. El partido revolucionario puede ayudar a la evolución de las fuerzas armadas propagando el marxismo, la interpretación según el materialismo histórico, de su naturaleza y rol, acumulando y generalizando la propia experiencia militar en la lucha de clases.

Cuando la ancha base social del ejército se politiza, éste se convierte en deliberante y entonces se puede descontar que él o una parte se sumarán a las huestes revolucionarias. Este movimiento de subversión puede comenzar aglutinando el descontento y la inquietud alrededor de problemas típicamente castrenses, que son pequeños con relación al gran problema político del alineamiento de los uniformados detrás de la clase obrera. Es posible que se materialice la última variante cuando es toda la sociedad burguesa.

La historia enseña que para la victoria del asalto al poder, tanto el consumado por la reacción o por la revolución, ha sido indispensable la paralización del ejército como guardián de la estabilidad gubernamental o su incorporación al bando de los rebeldes.

Es falsa la suposición de que el conjunto de oficiales y jefes es orgánicamente reaccionario. Este criterio puede impedir que la acción transformadora del ejército se dirija a una de las capas castrenses más interesantes, la constituida por los jóvenes oficiales.

Los jóvenes oficiales, en cuyas filas se recluta una especie de inteligencia castrense, soportan la poderosa presión de las masas oprimidas a través de los soldados, de los clases y suboficiales, con quienes conviven cotidianamente, por lo menos hasta el grado de capitanes. Por otro lado, estos jóvenes, aún no integrados a los círculos de privilegiados que se organizan alrededor del presupuesto o de otras granjerías, muestran una enorme sed de aprender, de informarse y de orientarse, esto no sólo por su edad, sino como consecuencia de la gran inquietud que sacude a toda la sociedad que ha comenzado a desmoronarse. La alta jerarquía se esfuerza por eliminar estos peligros y tiene dictadas disposiciones que buscan convertir a los oficiales en un estamento privilegiado y extraño a la ancha base social del ejército. También hay trabajos encaminados a afirmar la ideología militar oficial, buscando así cerrar el paso a las ideas revolucionarias. Los núcleos revolucionarios pueden comprender desde los soldados hasta los jóvenes oficiales. La labor partidista en esta época debe encaminarse a plasmar en realidad este objetivo. Es la clase obrera la que encarna la violencia revolucionaria y ésta sólo es tal cuando es expresión de la actividad de las masas. Ese ejército tradicional, organizado como la máxima expresión de la violencia que precisa la clase dominante para permanecer en el poder, se transformará en portadora de la violencia revolucionaria cuando políticamente se oriente por el sendero señalado por la clase obrera. Demás está decir que la violencia por sí misma no es sinónimo de revolución, muchas veces puede constituirse en uno de los requisitos para la victoria de la contrarrevolución.

Ciertamente que la escisión interna del ejército y el desplazamiento de una parte de él hacia las posiciones del proletariado, lo que se traduce en la pérdida de su tradicional capacidad de represión, son los requisitos imprescindibles para la victoria de la insurrección. De aquí se deduce que es absurda la tesis en sentido de que es preciso antes de tomar el poder constituir un ejército de los explotados tan poderoso o más que el oficial, a fin de poder aplastar a éste en batalla frontal. Las masas vencerán a ese ejército, pese a

estar sumariamente armadas y organizadas, porque previamente ha sido ya lo suficientemente minado, lo que le impide utilizar a plenitud todos sus recursos bélicos.

Si recordamos que la insurrección importa que la política revolucionaria se expresa, excepcionalmente, utilizando el lenguaje de las armas, será fácil comprender la enorme importancia que tiene para la clase obrera una clara delimitación de su actitud frente al ejército y de su misma política militar. El proletariado boliviano y su partido tienen al respecto una rica experiencia. Importantes sectores del ejército boliviano no cesan de rebelarse contra el estado de cosas imperante, contra el desorden y la inoperancia del orden burgués, pero lo hacen de una manera por demás contradictoria, apoyando a las tendencias burguesas de izquierda, al llamado nacionalismo revolucionario. Estos sectores encontrarán su verdadero camino al radicalizarse mucho más al influjo del ascenso de las masas. La participación de las fuerzas armadas en la política constituye un hecho inevitable y seguirá acentuándose en el futuro. Nos referimos a la participación de capas siempre más vastas y no al monopolio de la actividad política por parte del alto mando.

Nuestras fuerzas armadas han ingresado a un activo proceso de desintegración; bajo la presión creciente de las masas y de su ideología van perdiendo la confianza en sí mismas y en la infalibilidad de su conducta, se empeñan por coordinar sus actos con los de la mayoría nacional. Como consecuencia ya se perciben profundas fisuras en la tradicional disciplina. Los jóvenes oficiales cuestionan a diario la inconducta de sus superiores y los elementos comprometidos en actos de represión contra las masas son acremente censurados y aislados del resto de la oficialidad. En síntesis: se están creando las condiciones para que el ejército se escisiones y una parte de él se sume al movimiento revolucionario, que tanto importa decir que están madurando las condiciones para la victoria de la política proletaria.

LA CRISIS DE LA CENTRAL OBRERA BOLIVIANA

NATURALEZA DE LA CRISIS DE LA COB

En 1997 se constata una aguda crisis de la Central Obrera Boliviana, acaso la más grave de toda su historia. Al respecto, se ha desencadenado una polémica embrollada, que casi no aclara nada y que tiende a defender determinadas posiciones clasistas.

La opinión dominante -no por dominante menos falsa- sostiene que se trata de la quiebra del movimiento obrero; los más osados llegan al extremo de sostener que las masas se encuentran en reflujo, que han dejado de luchar contra los empresarios y su gobierno. Los que dicen encarnar estos planteamientos no hablan de manera directa de los dirigentes -en ningún momento se refieren a la burocracia como un tumor maligno del sindicalismo- y pareciera que los consideran víctimas del desbande de las masas.

¿Quiénes adoptan esta postura? La clase dominante en su conjunto, el gobierno de turno, los que alimentan las filas de la burocracia sindical: los revisionistas, los reformistas, los democratizantes, los colaboracionistas y también los stalinistas en desbande. Es indiscutible la cooperación que existe entre la burocracia y los que continúan autodenominándose izquierdistas. actitud que no es sorprendente pues todos ellos se emplean a fondo para lograr la preservación del orden social imperante, pese a que éste se debate en medio de la podredumbre y la desintegración.

Acotemos que la burocracia sindical está compuesta por dirigentes que se han emancipado del control directo de sus bases, han conformado pandillas que luchan por sus propios intereses y siguen el sendero accidentado del colaboracionismo clasista. Cuando las direcciones sindicales se han burocratizado dejan de luchar por los intereses obreros, dan las espaldas a la finalidad estratégica del proletariado -la revolución social- y siguen el camino del colaboracionismo clasista. Este proceso lleva a esos dirigentes a desclasarse. Dicho de otra manera, la burocracia sindical concluye cambiando de contenido de clase, lo que quiere decir que sustituye la finalidad estratégica proletaria por la burguesa.

El sindicato comenzó estructurándose como una organización de resistencia a los excesos de parte de

los patrones y del Estado; en ese momento su lucha se limitaba a la satisfacción de las necesidades inmediatas. La evolución del capitalismo y la propia experiencia acumulada por los trabajadores gracias a su lucha diaria -factor de importancia primordial para el desarrollo de la conciencia de clase- ha transformado a los sindicatos en canales de movilización de las masas que luchan por su liberación y por forjar una nueva sociedad sin explotados ni explotadores.

La organización sindical nace y se desarrolla en medio de la lucha de clases; su orientación y hasta su forma organizativa depende de las presiones que soporta en determinado momento de parte de una de las clases extremas de la sociedad, del proletariado o bien de la burguesía. Esa realidad está demostrando que el movimiento obrero se convierte en el escenario del choque de la política revolucionaria del proletariado con la política conservadora de la clase dominante. Las direcciones laborales expresan esa lucha a su manera, en la medida en que traducen la influencia de la política revolucionaria o bien de la burguesía.

Las masas radicalizadas que traducen la conciencia de clase del proletariado constituyen la más seria amenaza para la supervivencia de la burguesía como clase dominante, desde el momento en que el ascenso revolucionario de los explotados y oprimidos, que se traduce en lucha política, lleva en sus entrañas los gérmenes de la insurrección.

La política conservadora de la clase dominante se difunde y actúa en el seno de las masas por los canales de las capas más atrasadas y de los sindicatos burocratizados. Para la burguesía es altamente importante lograr el control directo de las burocracias sindicales, por eso que se esmera en corromperlas, en prostituirlas y en empujarlas a una vida ajena a la que llevan los explotados.

En la historia social boliviana ha sido el Movimiento Nacionalista Revolucionario el mayor corruptor de las direcciones sindicales y ha demostrado mucha picardía en su trabajo encaminado a controlar a las masas a través de la burocracia sindical. Frente a la política revolucionaria del proletariado la del nacionalismo de contenido burgués representa la contrarrevolución. El MNR, en el llano y en el poder, lo más que ha podido hacer es expresar los objetivos de la burguesía nacional ausente en el país y ha fracasado ruidosamente en su empeño de impulsar el desarrollo global e independiente del país, como consecuencia del ingreso de la economía capitalista mundial a su etapa de decadencia. Esta consideración es aplicable a las corrientes nacionalistas del más diverso tipo, a las pronazis -o gorilas- como ADN y a las que pretendieron demagógicamente identificarse con la izquierda y el socialismo, la UDP, por ejemplo. Las burocracias sindicales que caen bajo el control del nacionalismo demuestran en su actividad de que han acentuado su carácter contrarrevolucionario.

EL PAPEL NEFASTO DEL STALINISMO Y DEL COLABORACIONISMO CLASISTA

Resulta incomprensible la historia del movimiento obrero boliviano si se pasa por alto un elemento importante: el stalinismo y el movimientismo son -ideológicamente- primos hermanos. Estas dos corrientes políticas, que no han dejado de actuar en el campo sindical, se nutren tanto de la teoría de la revolución por etapas como del socialismo en un solo país. Aquí se encuentra el basamento de la política colaboracionista entre los gobiernos nacionalistas y las diversas expresiones stalinistas. Hemos visto marchando del brazo a movimientistas tradicionales, a gorilas con careta nacionalista, a silistas proyectándose hacia la izquierda, etc., con stalinios moscovitas, maoistas, albaneses y thermidorianos con posturas puritanas.

Antes de que viniese al mundo el Partido Comunista de Bolivia, el stalinista Partido de la Izquierda Revolucionario marchó del brazo con la feudal-burguesía, con la rosca minera y con el imperialismo "democrático", particularmente con Estados Unidos, la nación opresora de la semicolonias boliviana. Para servir mejor a los opresores y explotadores no dubitó en masacrar a los mineros potosinos. El PCB siguió esta misma línea.

El PCB de los primeros años declaró -abierta y contundentemente- que el primer gobierno de Víctor Paz Estenssoro era revolucionario, antiimperialista y que todo marxista bien nacido estaba obligado a colaborar con él, sino procedía así y más bien se atrevía a combatirlo, estaba demostrando que era un agente de Estados Unidos. Esta línea política maestra de los stalinistas se la ha venido prolongando hasta

hoy, con variantes, con diferentes matices, con oscilaciones hacia la derecha y hacia la izquierda, según la coyuntura del momento. Hasta hoy no ha sido debidamente interpretado este fenómeno que nos da la clave para comprender el colaboracionismo clasista del stalinismo y el papel nefasto que ha jugado y juega en el campo sindical.

En nuestra época de decadencia del capitalismo mundial, la clase dominante está interesada en controlar de cerca al movimiento sindical, de estatizarlo y de limitar y hasta violentar las garantías que en este terreno contemplan las viejas constituciones. En 1997 observamos que es la OIT -estrangulada por el bloque patrono gubernamental- la que timonea la actividad encaminada en "modernizar las relaciones obrero-patronales" y de adecuar la anunciada nueva Ley General del Trabajo a los logros que se obtengan en este terreno. Se busca crear condiciones favorables para la actividad de las transnacionales a costa del empeoramiento de las condiciones de vida y de trabajo del asalariado. Para lograr la materialización de esta política francamente antiobrera se ha desencadenado una campaña sistemática encaminada a despolitizar a los explotados y arrancar de sus cabezas toda idea revolucionaria. No hay que olvidar que tanto el oficialismo como la misma clase dominante persisten en su empeño de que las organizaciones sindicales desconozcan, con precisión y energía, la Tesis de Pulacayo; este propósito tiene la finalidad de desbrozar el camino para que la burguesía concluya imponente su propia ideología a los explotados y oprimidos.

Para materializar esta política reaccionaria, la burguesía y su gobierno de turno, se apoyan en la burocracia sindical stalinista -PCB, PRP, maoistas, salistas- y ni duda cabe que también en los militantes de los partidos burgueses, oficialistas u opositores. El viraje hacia las posiciones burgueses se viene operando en las altas cumbres de la dirigencia cobista. ¿Una traición a sus principios ideológicos y a lo que dijeron e hicieron en el pasado los stalinistas? De ninguna manera. La inconducta de los burócratas no es más que la aplicación a las circunstancias actuales de las teorías de la revolución por etapas y del socialismo en un solo país. Puede ser que la persistencia del estalinismo en la política reaccionaria aparezca ahora en toda su desnudez, esto como consecuencia del descalabro internacional de la burocracia manejada desde el Kremlin.

Lo que está buscando la OIT -propósito apuntalado por el gobierno burgués de turno- es imponer sus planes con la ayuda decidida de la burocracia cobista, vale decir, del stalinismo. Los revisionistas, que no debitaron en el pasado destruir la Tercera Internacional; ahora están empeñados en entregar los sindicatos a la patronal y al gobierno de ésta, política que encaja perfectamente en la línea que sigue la restauración del capitalismo que tiene lugar en Rusia, después de que ha sido impuesta la Perestroika por parte de los discípulos de Stalin.

NOS ENCONTRAMOS ANTE LA CRISIS DE LAS DIRECCIONES SINDICALES Y NO DE LA COB, ORGANIZACION DE LAS MASAS

Los propios dirigentes de la Central Obrera Boliviana reconocen que la alta dirección sindical atraviesa por momentos difíciles y que ha perdido convocatoria en las masas, de manera que toda huelga -y hasta las manifestaciones callejeras- convocadas por ella están destinadas al fracaso. La discusión cotidiana entre ellos gira alrededor de saber si a esta altura deben plantearse las grandes demandas y en vinculación con la lucha política contra la burguesía-imperialismo o solamente los pequeños problemas salariales. Por tanto, el método de lucha debe partir y concluir en el diálogo entre el COB y el gobierno, a fin de evitar los grandes encontronazos huelguísticos y callejeros, destinados al fracaso por la ausencia de grandes contingentes de oprimidos y explotados.

¿La causa de este lamentable estado de cosas? Al responder a la pregunta, ciertamente la más punzante del momento, los burócratas descartan de entrada la suposición de que se debiese a su conducta equívoca, colaboracionista, reaccionaria y hasta cobarde; se sienten satisfechos al descargar toda la responsabilidad sobre las masas, a las que consideran derrotas, dispersas, sin ánimo de luchar y de enfrentarse con el gobierno. De su conducta diaria se desprende que su táctica consistiría en esforzarse por conseguir conquistas modestas por su pequeñez y que están al alcance de la clase dominante y de su gobierno, a fin de que partiendo de esas victorias minúsculas se pudiese alentar a los oprimidos a emprender en el futuro luchas mucho más ambiciosas por sus objetivos.

Los stalinistas se aferran a la viejísima división entre programa mínimo (logro limitado e inmediato de las reivindicaciones inmediatas) y programa máximo o socialista, cuyo logro debe considerarse relegado a un futuro indeterminado. Este retorno a un pasado indefinido no es un equívoco coyuntural o pasajero, sino la consecuencia inevitable de la política colaboracionista y reformista que distingue a la burocracia sindical conservadora.

Para la actual dirección de la Central Obrera Boliviana es algo inconcebible el programa de las reivindicaciones transitorias, que liga en un único proceso la lucha por el logro de las reivindicaciones inmediatas con la marcha hacia la conquista del poder político. La respuesta a las necesidades del momento de las masas es ya la lucha por el poder, no siempre como la efectivización del objetivo estratégico sino como el avance hacia esa finalidad.

El programa de transición -en Bolivia se lo conoce con el nombre de Tesis de Pulacayo, una de las grandes propuestas trotskystas- resulta inconcebible para los burócratas stalinistas porque siguen entrampados en la teoría de la revolución por etapas. Para ellos, en este país atrasadísimo las fuerzas productivas apenas han madurado para hacer posible la revolución burguesa, que únicamente debe enarbolar las reivindicaciones democráticas. No corresponde plantearse -porque en el mejor de los casos es utópico- la dictadura del proletariado. La lucha debe tener como objetivo final el gobierno de unidad nacional, de las cuatro clases sociales que se enfrentan al imperialismo, bajo la dirección política de la burguesía "progresista". Solamente cuando se agote totalmente este proceso se pueden lanzar las consignas de la revolución socialista y de la dictadura del proletariado. Como en tantos otros países, también en el nuestro esta política ha sido llevada a la práctica -teniendo como medida táctica el frente popular- e invariablemente su resultado ha sido someter a las mayorías a la voluntad y política de los partidos de clase dominante. Como hemos visto, es explicable que la burocracia stalinista se aferre a esta política francamente antiobrera y antinacional, esto porque la burguesía boliviana en su conjunto es sirviente e instrumento del imperialismo, particularmente del norteamericano.

El planteamiento de la dirección cobista en sentido de que el actual y lamentable estado de cosas que viene estrangulando, inmovilizando, a la otrora poderosa Central popular, con inconfundibles rasgos de frente antiimperialista, debe ser totalmente atribuida a la etapa de reacción por la que atraviesan las masas bolivianas, es equivocado, mal intencionado.

Siguiendo los datos que proporcionan hasta los medios de comunicación de la burguesía y que están al alcance de todos, se constata que diversos sectores sociales -unos más que otros,- vienen ganando las calles y protagonizando conflictos sociales, que ciertamente no se generalizan y concluyen agotándose. Es permanente la explosión de pronunciamientos de repudio a la política, a la conducta del gobierno y del empresariado. Las leyes de privatización de las empresas y de los servicios públicos han sido impuestas en lucha contra la resistencia popular, pero ahora sigue siendo repudiadas, etc. En este momento, en vísperas del cambio de equipo humano en la dictadura burguesa, la inquietud social y los conflictos sectoriales, tienden a profundizarse. En resumen, las masas se radicalizan más y más, la situación revolucionaria se proyecta hacia arriba, bajo el impulso de las masas que luchan, proceso que lleva en sus entrañas gérmenes de lucha política, general, contra el gobierno burgués de turno, en fin, insurreccionales.

Lo normal sería que la dirección cobista comience a prepararse para cumplir su papel de dirección de las masas convulsionadas el día de mañana; pero, viene actuando en sentido contrario, se empeña en desarmar a los oprimidos y explotados y en remachar sus ataduras con los gobiernos burgueses y con los organismos internacionales que sirven al imperialismo. En pocas palabras, la burocracia sindical -tanto la stalinista como la oficialista- se sienten derrotadas y son francamente reaccionarias, contrarrevolucionarias.

Lo expresado hasta aquí pone al desnudo la raíz de la crisis descomunal de la dirección de la Central Obrera Boliviana y que se constata diariamente como una total separación y choque entre las orientaciones contrarias que siguen la burocracia y las masas. Los burócratas marchan hacia la derecha, se esfuerzan por someterse más y más al gobierno burgués y al imperialismo, para justificar esta traición a las mayorías del país inventan el cuento de las masas inmersas en el proceso contrarrevolucionario.

Contrariamente, las masas marchan hacia la izquierda, potencian an su radicalización y se proyectan hacia la lucha política -que es lucha de clase contra clase-, antigubernamental. Ya se percibe que los

conflictos sectoriales buscan generalizarse, camino que conduce a la lucha política y antigubernamental.

En síntesis, el fortalecimiento de la situación revolucionaria actual se trocará en insurrección. Se constata que en este proceso la burocracia es la expresión de la política burguesa en el seno de la COB y de las masas. En el otro polo, las masas radicalizadas expresan la política revolucionaria del proletariado, antiburguesa y antiimperialista. La burocracia es la reacción y el proletariado la revolución. Es oportuno remarcar que Marx señaló que cuando se da la lucha entre burguesía y clase obrera se abre la perspectiva de la dictadura del proletariado. En Bolivia, país particular en la que se refractan las leyes general de la economía mundial en actual decadencia, están dadas las condiciones -gracias a la radicalización de las masas y al alto grado de evolución de la conciencia de clase del proletariado- para se materialice la conclusión de Carlos Marx.

Por lo expresado, no existen condiciones para que la burocracia thermidoriana pueda concluir maniatando a las masas en lucha, para entregarlas a la voluntad de la burguesía y del imperialismo. En oposición a esto, lo que está planteado y cuyo desarrollo ya ha comenzado es la rebelión de los explotados y oprimidos contra la actual dirección cobista, cuyo derrocamiento y entierro por voluntad de las bases están ya decretados.

La burocratización -y hasta la estatización de los sindicatos- tienen en el país una larga historia. La burocratización y la movimientización de los sindicatos ya se afirmaron con nitidez en el primer y tardío congreso de la COB (1954), cuando la Tesis de Pulacayo fue reemplazada por una Declaración de Principios redactada por el equipo oficialista y de la que ya nadie se acuerda. En ese congreso la punta de lanza del oficialismo, Juan Lechin declaró a Víctor Paz Estenssoro, cuya condición de instrumento del imperialismo estaba ya fuera de toda duda, nada menos que "Emancipador Económico de Bolivia". La lucha de los explotados contra esa degeneración vergonzosa de las direcciones sindicales se perfiló más tarde.

La lucha actual contra la extrema degeneración e impopularidad indudable de la burocracia sindical tiene la perspectiva de culminar en una rotunda victoria, esto por la madurez política de los oprimidos. Lo que corresponde es estudiar en qué condiciones se darán esa batalla y esa victoria. Sabiendo la finalidad de la batalla que se aproxima corresponde afinar la táctica que debe emplearse para asegurar el triunfo contra los lacayos de la burguesía y del imperialismo.

ESTRATEGIA Y TÁCTICA

Las corrientes reaccionarias, oficialistas, y francamente pro-burguesas -en nuestro país esto es sinónimo de proimperialismo- están vivamente interesadas en lo que hipócritamente llaman perfeccionamiento de la democracia formal. Quieren hacer creer que esta postura es progresista, olvidando que -según enseñó Lenin- la democracia más perfecta es una dictadura de clase. Muchas veces hemos señalado que en el país está ausente esa democracia y que virtualmente ha sido reemplazada por la acción directa. Cuando los burócratas stalinistas plantean así la cuestión están confesando veladamente que su finalidad es la de preservar y conservar el orden social burgués. Este sueño ha sido ideado para encubrir el contenido burgués de su política. Igualmente, la formulación reiterada de las reivindicaciones inmediatas -cuyo logro sería el objetivo último de la lucha- lleva en sus entrañas el programa reformista: mantener a la burguesía como dueña de los poderes económico y político, a condición de que mejore su atención a los problemas sociales y humanice la economía de mercado, por ejemplo. Todo esto quiere decir que el contenido de clase de la política de la burocracia stalinista es burgués.

Tiene que abandonarse radicalmente tal planteamiento. El movimiento sindical tiene que partir de otra premisa, la política revolucionaria del proletariado, cuyo objetivo estratégico es la revolución social, es decir, la dictadura del proletariado. La liberación de los explotados y oprimidos se logrará expulsando del poder a la burguesía y sustituyéndola por el proletariado, reemplazando la gran propiedad privada de los medios de producción por la propiedad social. Esta estrategia condiciona la táctica revolucionaria que debe emplearse. Esta estrategia y táctica condicionan la unidad de la política revolucionaria, que supone la inter-relación entre ambos extremos. La preeminencia de la estrategia arranca del hecho de que enraíza en las leyes de la historia. La táctica tiene la finalidad de contribuir a la materialización de la finalidad estratégica.

En último término, solamente se puede comprender -en toda su profundidad- el problema de la crisis de la dirección de la COB si no se pierde de vista su relación con la finalidad estratégica que involucra la política revolucionaria del proletariado.

Las masas en lucha plantean la urgencia de fortalecer la política del proletariado, su finalidad estratégica, cotidianamente la lucha antigubernamental. Este proceso importa el fortalecimiento de las masas, por tanto, del sindicalismo, en fin, de la Central Obrera Boliviana. Su fuerza impulsora se encuentra en la lucha diaria de los oprimidos. Las masas empeñadas en ese combate chocan, en su marcha hacia adelante, con el obstáculo de la burocracia sindical, que encarna la crisis de la dirección sindical. Del análisis de esta realidad se desprende que la tarea del momento consiste en el. potenciamiento de la Central Obrera Boliviana, inconcebible sino se la desburocratiza, sino se reemplaza la política burguesa por la proletaria.

La burguesía y sus sirvientes reformistas y revisionistas, encubren el problema con su planteamiento de modificar la estructura orgánica de la COB, a fin de que se acomode a las transformaciones operadas en la realidad social. La clase dominante busca controlar a la Central Obrera de masas, que hasta hoy ha venido girando alrededor de la política revolucionaria del proletariado, esto contribuyendo a entregarla a la dirección de una clase social que no sea la obrera. En otras palabras, lo que busca concretamente es imponer su política opresora a la Central Obrera Bolivia a través de sectores de la clase media o de los campesinos, que de alguna enraízan en la propiedad privada. Hay que volver a repetir que lo que distingue a la clase obrera y determinan su particular política son el lugar que ocupa en el proceso de la producción y el no ser propietaria de los medios de producción.

Lo que no deja dormir a la burguesía y a sus gobiernos de turno es la política del proletariado, porque al imponerse en el seno de las masas y de sus sindicatos pone en grave riesgo el destino de la bolsa de los explotadores y su dictadura gubernamental.

Las clase dominante no está equivocada cuando espera que a través de otra clase social que no sea la proletaria concluirá imponiendo a las masas su política explotadora, opresora. Esta maniobra, que cuenta con la complicidad de algunas capas de la burocracia sindical, tiene que ser combatida con energía.

Se tiene que defender de manera intransigente la dirección política proletaria de la Central Obrera Boliviana, lo que concluye determinando las formas organizativas de los sindicatos. No hay que olvidar que hasta el concepto de sindicato ha sido impuesto a los bolivianos por el movimiento obrero mundial; no hay la menor duda de que las particularidades nacionales han impreso sus huellas indelebles sobre el sindicalismo.

Debe desecharse el argumento de que la disminución del volumen numérico de la clase obrera -consecuencia obligada de la crisis capitalista estructural que impera en escala mundial y que determina la paralización de parte del aparato productivo, vale decir, el imperio de la desocupación masiva- impone no tomar en cuenta su política revolucionaria, expresión de la ley de la historia cuando la sociedad parte de la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción.

Si se busca la liberación de los oprimidos y que la COB sirva de canal de movilización en la lucha de aquellos, tiene que ser la expresión sindical de la política revolucionaria del proletariado. Es un problema secundario e interno el establecer la inter-relación entre los diferentes sectores sociales.

Se sobremontará la crisis de la dirección -supone la expulsión de la burocracia sirviente de la burguesía, reaccionaria e incapaz- cuando se logre que la Central Obrera Boliviana retorne a la política revolucionaria del proletariado, tanto como finalidad estratégica como táctica. Esto obligará a realizar un ajuste inclusive organizativo, a fin de que la Central Obrera cumpla el papel de auxiliar valiosísimo en la materialización de los objetivos básicos de la política revolucionaria del proletariado. La poderosa organización de masas debe expresar con claridad y precisión esa política que se proyecta hacia la sociedad sin clases sociales, sin explotados ni explotadores.

La lucha revolucionaria obligará a la COB a actuar como la organización de la independencia ideológica y organizativa de los explotados y oprimidos frente a la burguesía y los objetivos de ésta, como el instrumento valioso de la lucha que busca la revolución social y la implantación de la dictadura del

proletariado.

ACCIÓN DIRECTA DE MASAS Y EL FRA

El proletariado lucha por liberarse, por dejar de ser asalariado. Cuando es clase minoritaria tiene que saber encontrar los medios que le permitan transformarse en dirección de la mayoría nacional oprimida por el imperialismo y lo hace convirtiéndose en dirección de las otras clases y nacionalidades.

Su método de lucha propio es la acción directa de masas, expresión de la violencia revolucionaria. La lucha parlamentaria -que en determinadas condiciones puede ser utilizada por el asalariado- no sirve para aplastar a la burguesía y para sustituirla por un Estado capaz de sentar las bases materiales del comunismo.

La acción directa se expresa a través de maneras múltiples, siendo la huelga general -lleva los gérmenes de la insurrección- una de las más características. Hay que subrayar que la acción directa puede trocarse en las formas múltiples de la lucha armada.

La clase obrera puede, en determinadas circunstancias, verse obligada a recurrir a los métodos de lucha de las otras clases sociales; en este caso los subordinará a la acción directa y a la finalidad estratégica del proletariado.

Si consideramos que las fuerzas motrices de la revolución son el proletariado y el campesinado y que este último es demográficamente muchísimo más numeroso que la clase obrera minoritaria, se tiene que encontrar una táctica que potencie a esta última de manera tal que la convierta en dirección de la nación oprimida por el imperialismo. Solamente en estas condiciones se puede esperar que se imponga la finalidad estratégica de la revolución social y de la dictadura del proletariado.

Para los marx-leninistas de las metrópolis capitalistas avanzadas la táctica adecuada es el frente único proletario, que busca aglutinar al asalariado, a los trabajadores -sobre todo a los que militan en las filas de la socialdemocracia y de otras organizaciones reformistas- en el partido bolchevique.

Esta táctica no puede ser aplicada en los países atrasados, que se caracterizan porque el proletariado es una clase numéricamente minoritaria, esto porque empujaría a la clase obrera al aislamiento con referencia a las masas. La experiencia boliviana es aleccionadora al respecto. En el congreso minero extraordinario de Pulacayo (noviembre de 1946) se lanzó la consigna del frente proletario, pero casi inmediatamente sus autores comprendieron que se trataba de un error y la sustituyeron con la de frente antiimperialista, siendo el FRA -Frente Revolucionario Antiimperialista- su expresión más clara y probada por el desarrollo histórico de la lucha de clases del país.

El frente antiimperialista es una táctica opuesta a la del frente popular o de la unidad nacional bajo la dirección de la burguesía. Se trata de la unidad, de la concentración de la nación oprimida por el imperialismo alrededor de la política y bajo la dirección proletarias. En Bolivia el FRA aglutinó a toda la gama de la llamada izquierda -incluyendo al foquista Ejército de Liberación Nacional- y a las grandes organizaciones populares, sobre todo a la COB, en el marco de la política del proletariado, en esa oportunidad diseñada por el Partido Obrero Revolucionario.

Solamente en estas condiciones puede esperarse el fortalecimiento efectivo de la Central Obrera Boliviana, de manera que pueda contribuir decisivamente a la materialización de la revolución social y de la dictadura del proletariado.

No hay que olvidar que la Central Obrera Boliviana de la primera época -cuando efectivamente aglutinó a la mayoría nacional- era una expresión acaba del frente antiimperialista, que efectivizó y desarrolló la dualidad de poderes.

Si queremos salvar a la COB tenemos que comenzar librando una gran batalla ideológica, dirigida a orientar y a aglutinar a las masas, al mismo tiempo que a aplastar a la burocracia corrupta y agonizante.

Será a partir de la política revolucionaria que podrá estructurarse una dirección cobista que le corresponde, compuesta de elementos revolucionarios probados, honestísimos y valientes.

¿Cuándo y en qué condiciones se podrá aplastar a la actual burocracia sindical corrupta y reemplazarla por una dirección revolucionaria? Las pandillas de burócratas, que han dejado de representar los intereses y voluntad de las bases, para luchar por sus objetivos mezquinos y hasta personales, se han dado modos para montar pandillas de sus secuaces en los sindicatos de base. Por esta razón los congresos y ampliados no interpretan el pensamiento de los trabajadores ni reflejan con fidelidad su estado de ánimo. Es claro que en esas reuniones amañadas, inclusive prostituidas con ayuda del cohecho, del compadrerío y de la falsificación, solamente puede darse el apoyo incondicional a los burócratas, a los oficialistas y a los reaccionarios. Será muy difícil, casi imposible, que en los congresos o ampliados pueda ser reemplazada la burocracia sindical por direcciones revolucionarias.

Tienen que ser las masas las que en sus movilizaciones puedan desbaratar y aplastar a los carillas burocratizadas. Será en el combate y emergiendo desde las entrañas de las masas, cuando los revolucionarios probados puedan ocupar las direcciones de los sindicatos.

Para lograr esto tiene que comenzarse desde ahora a organizar, politizar y movilizar a las masas. Esta tarea tiene que ser cumplida por los militantes revolucionarios, por los poristas. Es fácil comprender que esta descomunal tarea queda en sus manos.

Ni duda cabe que el partido de la clase obrera, que es expresión de la conciencia de clase y cuyo programa encarna la finalidad estratégica y la táctica del proletariado, está llamado a cumplir un papel de primerísima importancia en esta lucha por salvar a la Central Obrera Boliviana, al sindicalismo, del descalabro, por desburocratizarla y poner en pie una dirección que esté al altura de la política del proletariado.

Agosto de 1979

G.Lora